

También el estudio de Jn 17, dentro de su rico contenido, hubiera ganado si el encuadre en la fiesta de la Pascua y su última relación con los capítulos siguientes, el relato de la Pasión, se hubiera destacado más. En este estudio, nuestro A. conoce el libro de A. Feuillet sobre el sacerdocio de Cristo, pues lo cita en la bibliografía final (cfr. p. 246). Sin embargo, apenas si lo cita en el análisis de Jn 17. Ello no obsta para que el estudio de los sintagmas elegidos sea el correcto. En definitiva, Feuillet se mueve más bien en el campo de la teología bíblica.

Estas salvedades no oscurecen el resultado de este trabajo exegético, que como toda obra humana siempre es mejorable. A lo largo de sus páginas aparece de continuo la experiencia y la preparación del profesor Morujão. Por eso los resultados de su investigación son dignos de destacar. En primer lugar se manifiesta la divinidad de Jesús. Los sintagmas verbales estudiados no son utilizados por el evangelista simplemente para expresar la acción de Jesús en favor de los hombres. Todos ellos cada uno en su forma, son profundamente significativos para manifestar lo que Jesús es en sí mismo, la Persona divina del Hijo en misteriosa relación con la Persona del Padre (cfr. p. 214). Por otra parte, se comprueba que Jesús es una Persona distinta del Padre, aunque unida de forma inmanente a El en un nivel de "dependência-igualdade" (p. 215). Apunta también las consecuencias que este estudio tiene para la Cristología y la Teología Trinitaria, tanto desde el punto de vista del Yo de Jesús y su misma conciencia, como desde la perspectiva trinitaria como tal. Es cierto que el lenguaje del Evangelista prescinde de la terminología técnica que la teología posterior utiliza. Sin embargo, en la sencillez del lenguaje joanneo se encierra, de modo germinal, cuanto la teología patristica y escolástica, así como la teología actual, enseñan acerca del misterio trinitario. En efecto, el trabajo de Morujão demuestra que los sintagmas verbales estudiados encierran, dentro de un lenguaje sumamente simple y concreto, una enorme densidad teológica intratrinitaria que ilumina una serie de datos bíblicos, que constituyen una base segura para la reflexión teológica sobre el Misterio de Dios Uno y Trino.

A. GARCÍA-MORENO

Henry St. John THACKERAY, *A Grammar of the Old Testament in Greek*, George Olms Verlag, Hildesheim 1987, 325 pp., 12 x 18,5.

El nombre de Henry St. John Thackeray, discípulo del famoso H. B. Swete, va íntimamente unido a las investigaciones acerca de la Septua-

ginta durante los primeros decenios de este siglo. Antes de publicar el libro que se trata de comentar aquí, habían ido apareciendo ya varios artículos suyos en la revista *The Journal of Theological Studies: The translators of Jeremiah*, en JTS 4 (1903) 245-266; *The translators of Ezequiel*, ibd. 398-441; *The translators of the prophetic books*, ibd. 578-589; *The Greek translators of the Books of Kings*, en JTS 8 (1907) 262-278; *The bisection of the books in the primitive LXX manuscripts*, en JTS 9 (1908) 88-98; *The infinitive absolute in the LXX*, ibd. 597-601.

En estos trabajos, que servirían de base para su futura “Gramática del Griego del AT”, había expuesto ya una de sus tesis fundamentales: la de la pluralidad de traductores que en su opinión pueden aislarse en el interior de los diversos libros mencionados. Más tarde publicaría otra monografía importante —*The LXX and Jewish Worship*, London 1921 (2ª ed. 1923)— en la que defiende la teoría del origen litúrgico de la versión de los LXX.

Aparte de otros artículos suyos relacionados con LXX y publicados en JTS entre los años 1910 y 1915, basta mencionar aquí su libro *Some aspects of the Greek of the Old Testament*, London 1927. En este mismo año se incorpora como coeditor a la gran edición científica de la Biblia griega de Cambridge, comenzada en 1906 por A. E. Brooke y N. McLean. Hasta 1917 habían ido apareciendo sucesivamente los diversos libros del Octateuco. Thackeray se incorporó justamente con la publicación de aquellos libros —I y II Samuel (1927); I-II Reyes (1930)— a los que él en sus investigaciones había prestado especial atención. Durante el decenio siguiente, hasta su muerte, se publicarían los —hasta ahora— últimos tomos de esta edición de Cambridge: Esdras y Nehemías (1935), así como Ester, Judit y Tobías (1940).

Después de este breve *curriculum* de Thackeray y centrándonos ya en su “Gramática del Griego de AT”, conviene señalar, al menos someramente, el ambiente científico que prepara y rodea la aparición de este libro. En 1901, A. Thumb había publicado un importante trabajo dedicado al griego de la *koiné* —*Die griechische Sprache im Zeitalter des Hellenismus. Beiträge zur Geschichte und Beurteilung der Koiné* (Strassburg 1901)—, describiendo el griego helenístico, la base del lenguaje de LXX, como un paso ulterior dentro de la evolución de la lengua griega, desde la época hasta el griego moderno.

Por otra parte, debido a los papiros de Egipto, entonces recientemente descubiertos y estudiados, el griego bíblico había ido perdiendo gran parte de su carácter de fenómeno lingüístico aislado, para insertarse

en la mencionada evolución del griego en la época helenística. Son de señalar, en este sentido, sobre todo los trabajos de A. Deissmann, *Bibelstudien* (1895 y 1897; traducidos al inglés en 1901) y la “Gramática de los papiros griegos de la época ptolemaea”, publicada por E. Mayser (*Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolemäerzeit. Laut- und Wortlehre*, Leipzig 1906).

Unos diez años antes (1896), F. Blass había publicado su —con el tiempo— famosa “Gramática del griego del NT”, mientras que el vol. I (*Prolegomena*) de la de J. H. Moulton, compañero de claustro de Thackeray, apareció en 1906 (3ª ed. 1908). Para terminar de caracterizar brevemente el marco histórico de nuestro libro, señalemos finalmente dos publicaciones que, aunque no influyeran en la de Thackeray —como él mismo hace notar (p. XI)—, no dejan de ser significativos: R. Helbing, *Grammatik der Septuaginta. Laut- und Wortlehre*, Göttingen 1907; J. Psichari, *Essai sur le Grec de la Septante*, en *Revue des Études Juives* 55 (1908) 161-208. Como se ve, el tema estaba en el aire.

Además del prefacio, el libro consta de una larga introducción (pp. 1-70) y de dos capítulos, dedicados a la ortografía y fonética (pp. 71-139), así como a la morfología (pp. 140-290), respectivamente. Tres índices —de materias, de palabras griegas y de citas bíblicas (pp. 291-325)— facilitan la consulta.

Thackeray comienza el primer párrafo (pp. 1-5) de la introducción con una serie de interrogantes; ¿Es posible escribir una Gramática de LXX sin tener resueltos antes todos los problemas de crítica textual? ¿Dónde encontrar el texto auténtico de esta versión? ¿Cómo desenredar la mezcla de textos que se da hasta en los mejores manuscritos? Recordemos que Thackeray disponía para su labor principalmente de la edición manual de su maestro Swete (*The Old Testament in Greek according to the Septuagint*, 2ª ed. Cambridge 1895-99), basada mayormente en el Códice Vaticano. En algunos casos podía consultar la edición de Holmes-Parsons (1798-1827), que trae las variantes de los manuscritos cursivos y las versiones antiguas. Finalmente, acababa de aparecer entonces el primer tomo de la gran edición de Cambridge, que contenía el Génesis (1906).

Para poder eliminar las interpolaciones hexaplares y recuperar así el texto original de LXX, Thackeray propone estudiar el estilo y vocabulario de las obras tres versiones antiguas, especialmente la de Teodoción, por haberse servido Orígenes habitualmente de ella para llenar las lagunas del texto de LXX y por tener —en opinión de nuestro autor— en el libro de Daniel y en los pasajes llamados teodociónicos de Job un material sufi-

ciente para conocer el estilo y vocabulario de este traductor. Desde una perspectiva actual, ya no se podrá compartir el optimismo de Thackeray con respecto a Teodoción. Debido, entre otros, a los trabajos de D. Barthélemy (*Les Devanciers d'Aquila*, Leiden 1963) y A. Schmitt (*Stammt der sogenannte Text bei Daniel wirklich von Theodortion?*, Göttingen 1966), “el material seguro de Teodoción ha quedado enormemente reducido” (N. Fernández Marcos, *Introducción a las versiones griegas de la Biblia*, Madrid 1979, p. 129s.)

En el segundo párrafo (pp. 6-16), Thackeray presenta un agrupación de los diversos libros de LXX según las afinidades estilísticas de la traducción. Para ello parte de la observación de que para determinados giros que se repiten con frecuencia en la Biblia hebrea —p.ej. Moisés como “siervo del Señor”; el mismo verbo “servir”; la expresión “Señor de los ejércitos”, etc.— se emplean en algunos libros —o partes de algún libro— preferentemente unas determinadas traducciones en otros libros. Esto le lleva no sólo a clasificar los libros de la Biblia griega según el nivel estilístico de la traducción (pp. 13-16), sino también a postular —en el caso de 1-4 Reyes, Jeremías y Ezequiel— el trabajo de varios traductores o escuelas de traductores por cada libro. A este respecto cabe señalar que la investigación actual tiende a atribuir estos fenómenos no tanto a traductores diferentes, sino a recensiones posteriores que no alcanzaron por igual a las distintas partes de un mismo libro (cfr. N. Fernández Marcos, o. c., p. 64; Emanuel Tov, *The State of the Question: Problems and Proposed Solutions*, en: Robert A. Kraft (ed), 1972 *Proceedings of IOSCS*).

El tercer párrafo (pp. 16-15) trata de la *koiné* como base del griego de LXX. “La Septuaginta, considerada en su conjunto, es la obra más extensa que tenemos de la *koiné* popular” (p. 16), de donde resulta su importancia para conocer la evolución del griego tardío. Siguiendo a A. Thumb (o. c.), Thackeray adopta la distinción entre una *koiné* literaria, representada por autores como Polibio, Flavio Josefo etc., y una *koiné* popular, tal como se encuentra en los papiros y la Biblia griega. Con una serie de ejemplos tomados de LXX ilustra algunas características de este lenguaje popular (pp. 22-25).

El cuarto párrafo (pp. 22-25) aborda con amplitud el importante tema de los semitismos. Siguiendo a Deissmann en el campo lexicográfico y a su propio colega J. H. Moulton para los fenómenos gramaticales, nuestro autor considera muy improbable la existencia de un lenguaje peculiar —una especie de “griego judío”— en uso entre los colonos judíos de Egipto (p. 26, en contra, recientemente N. Turner, en: J. H. Moulton, *A Grammar of NT Greek*, vol. III *Syntax*, p. 4) y supone que la rápida

helenización de Egipto debió de afectar a la comunidad judía de tal manera que la mayoría de ellos tenían mejores conocimiento del griego que del hebreo, lo cual hizo necesaria, por razones litúrgicas, la traducción de la Biblia al griego (p. 28s). El griego de LXX, por tratarse en su mayor parte de una traducción, no reflejaría el lenguaje ordinario de los judíos residentes en Egipto. A este respecto, Thackeray señala la diferencia de estilo entre el prólogo al libro de Ben Sira, compuesto directamente en griego, y la traducción, hecha por el mismo prologista, de la obra de su abuelo. En cambio, el libro de Tobías sería probablemente el mejor representante, en la Biblia griega, del lenguaje popular, tal como fue hablado por los judíos (p. 27s).

Citando expresamente a su amigo y colega J. H. Moulton, nuestro autor piensa que el carácter hebraizante de la Biblia griega se debe — aparte de un pequeño número de palabras que expresan peculiares ideas o instituciones judías— al uso prolijo de determinados modos de decir — de por sí correctos, pero no idiomáticos en griego— por la sencilla razón de que coincidían con expresiones hebreas. La acumulación de un gran número de tales expresiones sería lo que le da a la LXX su típico sabor hebraico (p. 29).

El apartado termina con una larga serie de interesantes ejemplos de los principales hebraismos en el léxico y la sintaxis de LXX (pp. 31-35): a) transliteraciones; b) palabras semitas helenizadas, en parte ya anteriormente a LXX; c) uso de palabras griegas por afinidad de sonido con determinadas palabras hebreas, aunque de sentido muchas veces completamente distinto; d) palabras griegas que adquieren un significado nuevo, debido al influjo semita; e) algunas expresiones «fisiognómicas» (ojo, cara, mano, boca, etc.); f) la sustitución de algunos pronombres griegos por expresiones más plenas.; h) diferentes intentos de traducir el infinitivo absoluto; i) una serie de giros verbales.

En el quinto y último párrafo de la introducción (pp. 55-70), se plantea la pregunta, surgida a raíz de los numerosos papiros entonces recientemente estudiados, de hasta qué punto nos podemos fiar de las lecturas ofrecidas por los grandes códices unciales. A Thackeray le interesa aquí especialmente la fiabilidad del Códice Vaticano —texto base de la edición manual de Swete que él manejó principalmente, como también de la entonces incipiente *editio maior* de Cambridge— en materia de ortografía y morfología. Más en concreto, se trata de averiguar si los copistas transmitieron fielmente los textos tal como los tenían delante o si, por el contrario los adaptaron a los usos gramaticales de su propia época.

A este respecto y por lo que se refiere a NT, J. H. Moulton había llegado a la conclusión “de que hay algunos indicios que sugieren que los grandes unciales.... no están lejos de los autógrafos” (*A Grammar of New Testament Greek*, vol. I *Prolegomena*, p. 42, citado por Thackeray, p. 56). Para tener una amplia base de comparación, Thackeray había estudiado casi todas las colecciones de papiros entonces publicadas, que cubren el espacio desde el siglo III a. Cr. —origen de la LXX— hasta el siglo IV d. C. —época de los grandes unciales—. De esta investigación resulta que en algunos casos hay “graves razones para dudar de la antigüedad de la ortografía” ofrecida por estos códices (p. 65), mientras que otros reflejan formas gramaticales muy anteriores al s. IV/V d. C., mostrando así que han sabido conservar lecturas más antiguas. De ahí concluye Thackeray que en tiempos antiquísimos, quizá incluso en los mismos autógrafos, existió “la práctica de dividir cada libro, por razones litúrgicas, en dos partes casi iguales. Probablemente, cada libro fue escrito en dos rollos” (p. 65: más ampliamente en su artículo *The bisection of books in primitive LXX manuscripts*, en *JTS* 9 (1908) 88-98).

Hasta aquí la amplia y sustanciosa introducción de Thackeray a su “Gramática del Griego del AT”. Hasta aquí también nuestro intento de resumir los planteamientos y resultados más interesantes de esta gran obra que, a pesar de las ocho décadas desde entonces transcurridas, sigue siendo un valiosísimo instrumento de trabajo. En muchos aspectos particulares la investigación actual ha llegado a proponer soluciones distintas de las de Thackeray, pero no se ha escrito nada que en su conjunto pudiera reemplazar esta Gramática. Por eso, el mundo académico debe también su agradecimiento a la Casa Editorial Georg Olms, por haber realizado la reproducción de esta obra, poniéndola así al alcance de todos los estudiosos de LXX.

K. LIMBURG

Werner STENGER, *Los métodos de la Exégesis bíblica*, Ed. Herder («Biblioteca de Teología», 14), Barcelona 1990, 357 pp., 12 x 19,5.

El A. afirma que se han escrito muchas introducciones a los métodos exegéticos y que la suya no pretende sustituir a ninguna. Justifica su libro por la finalidad, que se ha propuesto, que lectores y estudiosos que desconocen, o no dominan bastante, las lenguas bíblicas originales también puedan aplicar los métodos de la Exégesis bíblica (cfr pág. 348). Por